este imperfecto trabajo, que como anuncié desde el principio, por la brevedad del tiempo y la extensión de la materia, no menos que por la cortedad de mis luces, nunca pudiera ser completo. Además, siempre hubiera sido conveniente suspenderle en este punto para no abusar de vuestra benévola atención.

Orizaba, Abril de 1881.

DISCURSO

pronunciado

EN EL TEATRO LLAVE,

el 2 de Julio de 1882 con motivo de la Solemne

Distribución de Premios

entre los

expositores que concurrieron al Primer Certamen Veracruzano.

SEÑORES:

NO vengo á pronunciar un discurso: ni mis circunstancias personales ni la brevedad del tiempo lo permitirían. Vengo sólo, por encargo del Gobierno del Estado, á hablaros brevemente del objeto de la presente festividad, lamentando sí, que persona más digna que yo de ocupar esta tribuna, por sus dotes oratorias, no se encuentre en mi lugar. Os ruego, señores, que me escuchéis con indulgencia, y que os dignéis prestar vuestra atención á las breves y sencillas palabras que voy á pronunciar.

Si el objeto que aquí nos ha reunido para celebrar esta fiesta es nuevo, porque no contamos en los tiempos anteriores ninguna otra semejante, no son, en mi concepto,

ni el pensamiento que la ha inspirado, ni el sentimiento que la embellece, ni el fin que nos proponemos al celebrarla. En la vida de los pueblos, como en la vida de los individuos hay momentos de esperanzas risueñas y de tristes y amargos desengaños, momentos de languidez y de fácil abandono; de terribles pruebas y dolorosas agitaciones, pero hay también momentos de paz y tranquilidad en que la razón y la reflexión imperan, en que la sensatez y la prudencia dirigen todos sus pasos y norman todas sus resoluciones.

Mas en todas circunstancias, en las múltiples y variadas escenas que se desarrollan en el vasto teatro de la vida de las naciones hay un principio que forma su carácter histórico, que constituye, por decirlo así, todo su sér; hay igualmente un sentimiento, único en su esencia, aunque variado en sus formas, que anima todos sus actos, que da vida á todas sus aspiraciones, que embellece todos sus ideales, y que consuela todos sus infortunios. Este principio es la unidad de su existencia, y este sentimiento es el amor santo de la patria.

Tomad, si no, á cualquiera de esos pueblos que hoy asombran el mundo por la gloria de su nombre, por el brillo de sus conquistas en los campos de la ciencia, por la

grandeza de su comercio, por la sabiduría de sus leyes ó la perfección de sus instituciones: es el mismo pueblo que allá en siglos pasados, vió su territorio devastado por los bárbaros, sus campos talados, y sus ríos teñidos por la sangre vertida en mil combates; es el mismo pueblo que por largo tiempo vivió sumido en la ignorancia, rindió homenaje á la fuerza, y cuyas instituciones no se perfeccionaron sino después de largas y dolorosas experiencias.

Así la industriosa y rica Inglaterra, señora hoy de todos los mares y emporio del comercio del mundo, es la misma nación oprimida un tiempo por la ferocidad de los señores sajones, invadida por los normandos, destrozada en tiempos posteriores por la guerra civil de las dos rosas, y apenas alumbrada por alguno de aquellos génios esclarecidos que brillaron en los horizontes de la ciencia, durante la Edad Media, ó en los primeros tiempos de la Edad Moderna.

Así la España de nuestros días es la misma nación altiva y orgullosa, dificilmente sometida por los romanos, en lucha por espacio de ocho siglos con el poder musulmán, que se levantó después más lozana y vigorosa para agrandar con Colón los límites de la tierra, enriquecer la literatura con la armoniosa belleza de la lengua, llenar de ad-

miración al mundo con las maravillas artísticas de sus grandes pintores, y arrojar, á su vez, algunos rayos de luz en el foco inmenso de la civilización europea.

Así la Francia contemporánea cuenta sus glorias guerreras desde las guerras de los Francos hasta las guerras de Napoleón 1º y sus glorias científicas y literarias desde los tiempos de Carlo Magno hasta los tiempos de Luis XIV, y desde los tiempos de Luis XIV hasta los de Arago y Laplace, de Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo; es la misma nación que conservando siempre la unidad de su carácter, parece estar destinada en nuestros días, merced á su génio fácil y expansivo, á la índole correcta y precisa de su idioma, á dar forma y belleza á todas las ideas, á generalizar todas las doctrinas, y á vulgarizar todos los conocimientos.

Así la Alemania de hoy, tan erudita y tan sabia, entregada á las más altas especulaciones del pensamiento, es la misma nación en medio de la cual Guttemberg hubo de pasar tristes y silenciosas horas á la sombra de una catedral gótica, fabricando aquellos toscos caractéres que habían de dar cuerpo á las ideas y alas al pensamiento, multiplicando más allá de lo que era dado concebir el poder de la palabra humana.

Así, por último, la poderosa y colosal República Norte americana es la nación misma fundada por aquellos cuantos colonos que huyendo de las persecuciones religiosas de Inglaterra, atravesaron el Atlántico y arribaron en 1620 á la histórica y tradicional roca de Plymouth, trayendo en sus austeras y altivas frentes algo que era como el presagio de la futura grandeza de su patria, y en el fondo de sus almas el amor práctico á la libertad, fundada en el respeto debido al derecho ageno. ¡Fecunda semilla sembrada por ellos para que diese después opimos frutos en las vastas soledades del Nuevo Mundo! Sus campos surcados hoy por innumerables canales, cruzados por caminos de hierro, envueltos en una verdadera red de hilos telegráficos son los mismos que se hallaban no ha mucho tiempo, cubiertos por bosques seculares, habitados por tribus salvajes y que eran visitados en el último decenio del siglo pasado por Chateaubriand, digno cantor de aquellas poéticas y sublimes soledades.

Ahí tenéis, señores, el principio de unidad que domina la vida de todas las naciones, que une el pasado al presente, y el presente al porvenir. Ningún pueblo despedaza voluntariamente su historia; todos miran en su poderío actual la consecuencia lógica

de sus esfuerzos, de sus sacrificios anteriores. Todos ellos han tenido que pasar por el rudo aprendizaje de la experiencia, y alec cionados por ésta, han buscado después en la paz, en el trabajo, en la industria, en el comercio, en la perfección de sus institu ciones, y en el culto rendido á la justicia y al derecho, una gloria y una grandeza que nunca hubieran alcanzado con las conquistas de la fuerza.

Por eso nosotros, que hace poco más de medio siglo no éramos mas que una colonia española; que hemos atravesado durante ese período el proceloso mar de las revoluciones, azotadas por recias tempestades y próximos muchas veces á zozobrar, nos sentimos llenos de júbilo cuando creemos ver que nuestro horizonte se aclara, y que un cielo más sereno cubre nuestras cabezas En estas circunstancias nos apresuramos, tal vez, prematuramente, á tomar parte en el concierto universal que se levanta en todos los pueblos de la tierra, y llenos de entusiasmo nos levantamos hoy para enaltecer y glorificar el trabajo, bendecir la paz, hija del cielo, y alzar templos á las ciencias, á las artes y á la industria.

Tal parece, señores, que, como decía al principio; han llegado para nosotros los momentos de sensatez y de cordura.

No sé si estoy equivocado, y temo mucho que la necesidad de ahorrar tiempo, impidiéndome dar el debido desarrollo á mis ideas, no permita que sea yo, como quisiera, por todos comprendido. Pero me parece, señores, que lo que engrandece esta nuestra modesta festividad es el recuerdo de nuestro pasado, es la luz de esperanza que alumbra nuestro porvenir. No sé si estoy equivocado vuelvo á decirlo – pero me parece que el mismo sentimiento que dió aliento á nuestros padres para desafiar, allá en los primeros años de este siglo, la cólera de España y hacernos independientes, es el que nos mueve, cuando procuramos en la época presente, uniendo nuestros esfuerzos, dar honra y prosperidad á nuestra patria. A otros tiempos otras circunstancias y otras necesidades.

A nuestros padres tocó derramar su sangre en los campos de batalla; á nosotros toca hacer fructificar esta tierra bendita, regándola con el sudor de nuestras frentes. Ellos la ilustraron con sus hazañas en la guerra, tal vez á nosotros ó á nuestros hijos, reserva la Providencia la gloria, no menos envidiable, de ilustrar su nombre por nuestros adelantos en las ciencias y en las artes, á la sombra de una paz durable y regidos por sabias instituciones.

He aquí, señores, por qué motivo cuando

habiendo sido llamado hace pocos días á ocupar esta tribuna, hube de dedicar algunos cortos momentos á pensar en lo que debería deciros, no me preocupé ni de la forma literaria, ni de la corrección del estilo, ni de la belleza de la expresión. Creí que bastaría para que os dignáseis escucharme con benevolencia, que os recordase, siquiera fuese á grandes rasgos, cual es la importancia de esta festividad; que os hiciese ver cómo en virtud del principio de unidad que domina la vida de todos los pueblos y del sentimiento del amor á la patria que alienta á todas las almas y hace palpitar todos los corazones, la festividad presente, por sencilla y modesta que sea, se relaciona en toda nuestra historia, es la continuación de nuestro pasado, y parece ser prenda segura de un porvenir más venturoso.

¿Qué importa en vista de estas consideraciones, que este primer concurso, al que han sido convocados todos los hombres industriosos y trabajadores, como todo primer ensayo, no se haya visto exento de defectos en su organización ó en sus resultados? ¿Qué importa – repito - que hayamos obtenido algo más ó algo menos de lo que en nuestro entusiasmo nos habiamos llegado á prometer?

Si merced á la paz que disfrutamos hemos podido consagrar á esta obra civilizadora las fuerzas, los recursos y la actividad que antes malgastábamos en luchas insentas; si el propietario antes empeñoso en ocultar las fuentes de su riqueza para no tentar la codicia de los gobernantes, hoy nos ha mostrado con confianza las ricas producciones de sus campos, si el labrador antes solícito en esconder sus cosechas hoy nos ha presentado con orgullo los gratos dones con que la fecunda Naturaleza recompensa sus afanes; si el artesano honrado y laborioso no oculta ya, como otras veces ocultaba su nombre, por temor de ser víctima de la arbitrariedad de la leva: y, lo diré en una palabra, si todos los que en tiempos no lejanos todavía, esquivaban la presencia de la autoridad temiendo ser perseguidos, si por acaso no pertenecían al partido dominante, vienen en esta noche llenos de júbilo á recibir de manos del primer Magistrado del Estado, los premios que han merecido: es porque parece que han pasado para no volver aquellas tristes épocas de odios y rencores y haberse abierto para nosotros una nueva era de paz, de bienestar, de sincera y durable reconciliación.

He dicho en otra vez, y no veo razón por qué no deba repetirlo en esta ocasión: la patria debe ser para nosotros, no sólo el suelo que pisamos sino el conjunto de todos

los elementos que constituyen nuestra vida material é inmaterial; la vida del cuerpo que se alimenta con las partículas de la materia y la vida del espíritu que se alimenta con todas las ideas que ilustran nuestra inteligencia, con todos los recuerdos, con todas las esperanzas, con todos los afectos que agitan nuestras almas. Debemos ver á nuestra patria en los tradiciones de nuestra historia, en la memoria santa de nuestros padres y en los recuerdos de nuestra infancia así como en las ilusiones que alientan nuestras esperanzas, en los ejemplos que dejemos á nuestros hijos y en las bendiciones que sobre ellos derramará nuestra vejez: debemos amarla en la lengua que hablamos en las doctrinas que aprendemos, en la enseñanza que recibimos y en las creencias que profesamos; debemos y podemos servirla en la magistratura y en la enseñanza en los campos de batalla y en el humilde retiro de nuestro gabinete, consagrándonos al cultivo de las ciencias; en las más altas funciones de la vida pública y en el obscuro rincón de nuestro taller, ganando honradamente nuestro pan con el sudor de nuestra frente; debemos, por último, honrarla y enaltecerla en todas nuestras acciones, y bendecirla en todos los instantes de nuestra vida.

He concluido, señores. Mucho más pudiera deciros, pues no he hecho otra cosa sino apuntar algunas ideas generales, fecundas, según creo, en importantes consecuencias; pero el tiempo es corto y no debo abusar de vuestra indulgencia. No hay necesidad de que pronuncie yo frases banales para felicitar al Gobierno del Estado que tuvo el feliz pensamiento de convocar una primera exposición veracruzana. Comprendido el objeto y la importancia de ésta por lo que he dicho con motivo de la presente festividad, no hay necesidad de decir cuánta gratitud merecen todas las personas que por la realización de esta importante obra, con tanta decisión como entusiasmo, han trabajado. Tampoco hay necesidad de que os presente mis humildes y sinceras felicitaciones por los premios que habéis obtenido. Yo sé bien que no habéis buscado en este concurso ni vuestro medro personal ni la satisfacción de una vanidad pueril, sino la manera de acreditar, con vuestras obras, vuestro amor al suelo en que nacimos, y al Estado cuyo nombre llevamos con orgullo.

¡Que el Cielo bendiga vuestros esfuerzos y dé paz, prosperidad y grandeza á nuestra patria!

He Dicho.